

Algo sobre Enrique Pichon Riviere*

Rodolfo Agorio

RESUMEN

Durante un largo período Pichon se dedicó al estudio de una figura a la que admiró: Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont atendiendo sobre todo a lo siniestro en su vida y en su obra. Esto siniestro va a rozar también a los que las estudian, lo cual fue advertido por el poeta: el carácter satánico de su obra podía ser fatal aun para sus lectores.

En efecto, el misterio, la locura y la muerte rondan la vida de Lautréamont y también la de quienes se acercan a él, y lo que concierne a su realidad desaparece como por arte de magia. Por ejemplo, todo retrato y aun su osamenta.

Pichon, en cambio, nos enseña que debemos procurar lo demoníaco en nosotros mismos, que constituye el patrimonio de nuestro inconciente y que el origen de lo siniestro debe ser buscado en el libre juego de nuestra fantasía. A la vez, apunta a señalar el valor creativo de la locura,

Resumen por S. P.

Voy a referirme en este breve comentario a uno de los aspectos de su rica personalidad que ejerció mayor atracción sobre mí: la ironía. No era por cierto esa ironía hiriente en la que se oculta, tras una sonrisa aparentemente amable, una hostilidad apenas disimulada. Por lo contrario, era un acercamiento sincero, esforzándose en librar las supervisiones de todo lo que pudiera dar al diálogo un carácter de severidad y formulismo. Sabía ser indulgente con los

* Escrito especialmente para la "Revista Uruguaya de Psicoanálisis".

errores y tropiezos, y a través de sus palabras llegaba una voz de aliento y' de apoyo. Tenía la virtud de infundir cierto sentimiento humorístico muy personal. Traía a menudo, con relación al material presentado, alguna anécdota recuerdo o incidente en los que él mismo había sido protagonista y de ese modo lograba dar a nuestra relación un tinte de amistad que en nada disminuía, sino que más bien acrecentaba, las enseñanzas recogidas en las entrevistas.

Y bien, creo que esta misma modalidad, este humorismo se trasluce en algunas de sus publicaciones. De sus trabajos, me referiré especialmente a las investigaciones que durante un largo periodo de actividad dedicó al estudio de una figura literaria que lo fascinó: el conde de Lautréamont. Se trata de fragmentos de un curso dictado en 1946 en el Instituto Francés de Estudios Superiores y que publicó en la "Revista de Psicoanálisis" (vol. IV) con el título de "Lo siniestro en la vida y en la obra del conde de Lautréamont). Voy a aludirme exclusivamente a las primeras páginas de ese artículo que constituyen algo como una introducción al enfoque psicoanalítico de los fragmentos más significativos de los "Cantos de Maldoror". Pichon señala el paralelismo entre la obra y el autor haciéndonos ver lo siniestro no sólo en aquélla, sino a través de la corta y azarosa vida de Lautréamont.

Lo que más impresiona en la lectura del trabajo citado es que al mismo tiempo que lo siniestro se muestra en la vida del autor de los "Cantos" roza a todos aquellos que de una u otra manera intervinieron en la indagación realizada con el objeto de aclarar y resolver los numerosos puntos oscuros de su biografía. Es como si una fatalidad, una maldición sobrenatural e implacable consustanciada con el nombre del poeta alcanzaran a quienes expresaron su interés por el mismo.

El propio Lautréamont alerta a los desprevenidos lectores, que su obra por su carácter satánico, puede serles fatal. Es aquí donde aparece el espectro de la locura; para sus primeros críticos como León Bloy, ella fue el triste destino del autor de los "Cantos de Maldoror": la muerte en un manicomio. Sólo la locura, dice, puede gestar un "libro monstruoso» y duda de que esta palabra sea suficiente para calificarlo. Otros autores, como Remy de Gourmont y Ruben Darío, descargan sobre Isidoro Ducasse la artillería gruesa de una

crítica violenta y apasionada que pone énfasis en las características de loco, perseguido, poseso, blasfemo, desorbitado e incoherente de Lautréamont. Para todo psicoanalista, no deja de ser hartamente sospechosa esa reacción ante el personaje de los “Cantos”, personaje que por momentos adquiere el patetismo desgarrante del Satanás de Milton. Cabe preguntarse si Lautréamont no les habrá puesto el dedo en la llaga.

“Aquí”, comenta Pichon, “comienzan los datos que condicionan el carácter siniestro de Lautréamont. Leopoldo Lugones, influido por la lectura de algunos fragmentos de los “cantos” traducidos por Darío, compone entre los 20 y 22 años un poema titulado “Metempsicosis”. Cuarenta años después el poeta se suicida.

“La leyenda lautreamontana”, agrega Pichon, “comenzó a tomar vuelo y adquirió a través de su desarrollo, carácter satánico, diabólico, presentándolo como un poseso y alienado.” Pero, lo más curioso como ya indiqué, es que ese carácter hace presa sobre todos los que tuvieron algo que ver con Lautréamont.

El padre estuvo vinculado antes de su matrimonio con una bailarina que al ser abandonada por su amante enloqueció y murió al poco tiempo. El padrino, E. Baudry, fue, asesinado por contrabandistas.

E. Montaigne, quien entre los años 1925 y 28 consiguió algunos datos de interés sobre el padre del poeta, enloqueció y posteriormente se suicidó en el Hospicio de las Mercedes, donde Pichon llegó a conocerlo.

El padre, muerto en Montevideo en 1890, nunca habló de su hijo, de modo que el círculo de sus amistades creyó que había fallecido durante la guerra franco-prusiana del 70. Cuando murió el padre del poeta, los testigos que firmaron el acta de defunción fueron dos personas ajenas a la familia, como sucedió con la del hijo.

Un diputado uruguayo que propuso en 1926 que se designara con el nombre de Lautréamont una calle de Montevideo, enloqueció poco después.

La casa de una pariente donde los hermanos Guillot-Muñoz encontraron el único retrato de Isidoro Ducasse, fue allanada por la policía que entre otras cosas incautó la fotografía. Más tarde se recuperó todo, menos el retrato. Un

grabador que conoció la fotografía y que pudo reconstruir la imagen también enloqueció poco después y los amigos no estuvieron de acuerdo con el parecido de la obra del grabador y hasta uno de ellos había olvidado haberle visto jamás.

“Todo lo concerniente a Lautréamont”, comenta Pichon Riviere, “ha desaparecido como por arte de magia.” Cuando éste, durante el curso de las investigaciones dio con el paradero en Córdoba del último de los parientes, encontró retratos de toda la familia, menos del poeta. Pudo hallar con facilidad el acta de defunción del padre y también su tumba. En cambio, «su madre había sido entenada con su nombre, sin apellido y sus restos fueron a dar sin duda al osado común tal como sucedió con el mismo Lautréamont. Por varias referencias que he podido recoger tengo la certeza de que la madre de Lautréamont se suicidó.” El investigador tuvo la impresión que los familiares del poeta le consideraban como un poseso y por tal motivo toda la documentación pertinente “fue seguramente destruida como un auto de fe”.

Toda esta cadena de hechos trágicos me trae a la memoria los comentarios de Ribadeau Dumas en su “Historia de la magia”, sobre los acontecimientos que rodearon el descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amon en 1922. Todos los que intervinieron de alguna manera en aquella aventura fueron afectados de males de naturaleza desconocida que los llevaron a una muerte misteriosa: y el autor da fin al relato de esos sucesos con una frase a modo de apóstrofe o desafío: “Dedico esta historia dramática a aquellos, que dudan de la magia”.

Y es aquí donde me parece dibujarse la fina ironía de Pichon Riviere. Realizó sus investigaciones en plena madurez de su intelectualidad, pero ¿habrá sido alcanzado también por el destino de sus predecesores? Esa poderosa atracción que sobre él ejercieron la obra y la compleja personalidad de Lautréamont, ¿lo harían sucumbir, si ya no había sucumbido, en las garras de la locura? Para quienes lo hemos conocido y apreciamos su lucidez y equilibrio, esta duda no cabe en absoluto.

Pero, el mensaje que nos envía señala en cambio dónde debe buscar el lector, el secreto de lo que antecede. Lo demoníaco, la furia agresiva está en nosotros mismos, forma parte de nuestra prehistoria, constituye el patrimonio

exclusivo de nuestro inconciente y no de lo escatológico. Los que sucumbieron, sucumbieron por haber violado el tabú de la muerte y de la locura, por haber sido vencidos por tantas compulsiones antagónicas y hostiles: en pocas palabras, por no haber elaborado el instinto de muerte.

Pichon Riviere nos indica pues, que es en el libre juego de nuestras fantasías donde se debe indagar, siguiendo la senda trazada por Freud, el origen de lo siniestro. Al loco no hay que temerle sino comprenderle, sacarlo de su aislamiento alienante: no es un poseso, ni una persona satánica. Por mi parte no puedo dejar de pensar que en este mensaje y por encima de todo, Pichon nos está señalando el valor creativo de la locura, que ella no es siempre estéril, ni una lacra vergonzante. En un sentido, la personalidad de Lautréamont es un ejemplo elocuente e incuestionable.

Recibido el 15 de marzo de 1979

RODOLFO AGORIO (Montevideo), médico psiquiatra, Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, es uno de los fundadores del movimiento psicoanalítico en Uruguay, al que aportó además su vasta experiencia como psiquiatra y su interés y amplios conocimientos en los campos de la literatura y la filosofía. En sus trabajos, aparecidos en diversas revistas y presentados a congresos, se ha ocupado de distintos temas clínicos y en varios artículos realizó notables ejercicios de psicoanálisis aplicado a la literatura.

Dirección: Br. España 2172, p. 5; Montevideo.